

Cómo citar este artículo:

Tito Benady. “La actitud de los gibraltareños hacia los españoles y España durante tres siglos”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltareños*, 48, octubre 2018. Algeciras. Instituto de Estudios Campogibraltareños, pp. 419-425.

Recibido: septiembre de 2016

Aceptado: octubre de 2016

LA ACTITUD DE LOS GIBRALTAREÑOS HACIA LOS ESPAÑOLES Y ESPAÑA DURANTE TRES SIGLOS

Tito Benady / Instituto de Estudios Campogibraltareños

RESUMEN

Tras la conquista del peñón de Gibraltar, en 1704, en nombre del pretendiente al trono de España, el archiduque Carlos de Austria, su población civil mantuvo una estrecha relación con los españoles de las inmediaciones. La situación se mantuvo durante largo tiempo, con los lógicos altibajos que conllevaban largos períodos de paz alternando con épocas de guerra abierta entre el Reino Unido y España. El Gibraltar británico era muy español en sus rasgos más populares y cotidianos, situación que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, hasta que el cierre de la frontera en 1969 cambió radicalmente la situación. Hoy podemos decir que el Gibraltar con cultura española es hoy un mundo perdido.

Palabras clave: Gibraltar, cultura española, relaciones transfronterizas.

Durante los primeros años de la ocupación británica, Gibraltar evidentemente continuó siendo muy español. Aunque era una plaza militar bajo el mando de oficiales ingleses, todos los puestos civiles –juez, capitán del puerto y los encargados del Hacho y el mercado– eran españoles. Se adherieron muchos militares con ideas anti-borbónicas a los pocos vecinos que permanecieron en la ciudad, algunas de los cuales también apoyaban a los Austrias. Esto cambió después de que se firmara el tratado de Utrecht, y el único funcionario que quedó en su puesto fue José de Espinosa, el encargado del Hacho.

Evidentemente, el medio de comunicación entre los civiles continuó siendo el español, y el idioma perduró en años posteriores, aunque a mediados de siglos la mayoría de la población fuera de origen genovés o judío marroquí. Los genoveses hablaban un dialecto italiano algo difícil de comprender, pues mantiene las vocales, pero descarta muchas de los consonantes, y, por tanto, se comunicaban en español como todo el mundo. Especialmente porque el español continuó siendo el medio de confesión, pues los párrocos continuaron siendo españoles o menorquines. Los judíos sefardíes también hablaban un dialecto español, que ya se había convertido en *haketía*. También hay que tener en cuenta que venían de Tetuán, donde se establecieron muchos moriscos y muchos musulmanes conservaban el idioma hasta esta época.

Durante los primeros años del siglo XVIII, el paso de la frontera, aunque prohibido, a veces era libre, pues no se había establecido una línea de contravalación y la única fuerza militar era un regimiento de caballería estacionado en San Roque. Por supuesto, ya había comenzado el contrabando de tabaco. Los contactos transfronterizos aumentaron por unos meses en 1716, pues hubo un deshielo en las relaciones entre Inglaterra y España. Pero no duró mucho, pues en 1718 Inglaterra se unió a Francia y otras potencias europeas para contrarrestar los esfuerzos de Alberoni para recuperar los territorios que España había perdido en Italia debido al Tratado de Utrecht. En los años posteriores se recuperó el *modus vivendi*, y una guardia de militares españoles alojados en Gibraltar se organizó para hacer el servicio de la frontera, porque se confiaba en que, teniendo sus familias en la plaza, no desertarían. Pero después de que los tratados de Viena en 1725 entre Felipe V y su antiguo adversario Carlos, ya emperador de Austria, hicieron evidente que Felipe iba a hacer un esfuerzo para recuperar Gibraltar, muchos de los vecinos españoles en Gibraltar, temiendo tener que sufrir una vez más los rigores de un asedio, abandonaron el Peñón.

El asedio de 1727 no tuvo éxito, pero inmediatamente después se edificó la Línea de contravalación (*Gibraltar Museum*) y se restringió el pase de toda mercancía a través de la frontera. El viajero Richard Twiss salió de San Roque a caballo, pero fue obligado a dejarlo en la frontera y continuar hasta Gibraltar a pie. En 1776, un cura que visitó Gibraltar llevaba en su pasaporte el permiso del comandante militar de llevar un borreguito y una gallina de regalo al párroco del pueblo. No obstante, el gobernador Bland relata que, en 1750, cuando los temporales no permitían a las embarcaciones llegar de Marruecos, el comandante del Campo dio permiso para que la frontera se abriese dos veces para el paso de los víveres que Gibraltar necesitaba.

El historiador Thomas James, quien estuvo en Gibraltar por los años 1750, notó que durante lo que él llama “la temporada de la navegación” –indudablemente el verano–, la ciudad se llenaba de visitas de España, que llegaban por mar a vender y comprar sus mercancías a pesar de los problemas fronterizos. En años posteriores se daba permiso en Gibraltar a muchos de los vecinos, incluyendo genoveses y judíos, para pasar la frontera y presenciar las corridas de toros en San Roque. Creo que esto demuestra que, a pesar de las dificultades, existía un buen entendimiento entre los gibraltareños y los españoles; además, algunos se casaron con muchachas españolas de San Roque y Estepona.

Hay evidencia que las relaciones amistosas entre los gibraltareños y españoles continuaron hasta que fueron interrumpidas por el Gran Asedio. Durante cerca de cuatro años, la plaza sufrió un bloqueo que causó muchos sufrimientos a la población. En abril de 1781, cuando se terminó el emplazamiento de las baterías españolas,



Paso fronterizo de España a Gibraltar, donde en el siglo XVIII se establecieron las baterías de asedio de los ejércitos borbónicos. 2008. Imagen de Angel Sáez.

empezó un cañoneo feroz que duró casi dos años y arrasó al pueblo. Algunos pudieron encontrar barcos que los llevaran a Inglaterra, pero los que permanecieron tuvieron que refugiarse en la parte sur del Peñón en condiciones pésimas. Viviendo mal, con escasez de comida y aguantando las aguas del invierno en chozas frágiles. Después de la guerra, los gibraltareños volvieron a una población arrasada y con su comercio destruido. Tuvieron que hacer su vida de nuevo.

Es evidente que, en vista de todo esto, la actitud de los gibraltareños hacia España cambió y no volvió a ser favorable durante unos años. Después del asedio, el párroco reusó recibir instrucciones del obispo de Cádiz y, desde entonces, la parroquia de Gibraltar pasó a depender directamente del Vaticano, lo que demuestra el rencor que conservaban los gibraltareños por los rigores del asedio. Pero la Revolución Francesa lo cambió todo.

En 1793, diez años después del Gran Asedio, España e Inglaterra se aliaron contra Francia en un ataque a la base naval de Toulon, la cual fue ocupada durante unos meses hasta que los invasores fueron derrotados por el joven Napoleón Bonaparte. Es importante hacer notar que el comandante de las tropas de tierra era Charles O'Hara, el teniente gobernador de Gibraltar. O'Hara fue apresado por los franceses en una escaramuza y, después de que lo soltaran, volvió a su puesto en Gibraltar, sucediendo al gobernador Robert Boyd en el puesto hasta su muerte en 1802.

Durante este tiempo se cancelaron todas las restricciones y se facilitó el paso de la frontera. Muchos españoles entraron en Gibraltar y muchos gibraltareños en España, y se estableció un comercio que benefició a ambas partes. Así empezaron los años del resurgimiento económico de Gibraltar. Había mucho negocio en satisfacer las necesidades de las armadas y ejércitos que pasaban, en el que todos participaron. Además, la *Royal Navy* traía capturas de mercancías francesas que, una vez condenadas por el tribunal marítimo de Gibraltar (*Vice Admiralty Court*), eran vendidas en pública subasta.

Pero una invasión francesa a través de los Pirineos en 1796 forzó a España a firmar un pacto con Francia y, el año siguiente, el armisticio se convirtió en una alianza militar. Lo interesante es que, aunque los dos países ya eran enemigos, las buenas relaciones forjadas en años anteriores continuaron, y los comandantes militares y navales británicos mantenían su respeto personal a sus contrincantes españoles. Algo muy diferente al desprecio que tenían por los oficiales republicanos franceses. El estado de guerra aumentó considerablemente el comercio de Gibraltar, pues ahora los barcos españoles eran buena presa tanto para la marina como para los barcos de corso que los comerciantes gibraltareños armaron.

La guerra en el mar entre España e Inglaterra no quitaba que las relaciones terrestres a través de la frontera continuaran amistosas. Hay muchas anécdotas de esos tiempos que hoy nos parecen inverosímiles. Se cuenta que una corbeta británica fue acosada fuertemente por las lanchas cañoneras basadas en el puerto de Algeciras antes de poder anclar bajo las baterías de Gibraltar. Esa misma noche, el capitán de la corbeta fue invitado a cenar con O'Hara y allí conoció al comandante de las cañoneras españolas.

A veces, militares británicos recibían pasaportes para viajar a Portugal por tierra; Y cuando llegaron a Gibraltar las noticias de la victoria de Nelson en la batalla del Nilo, O'Hara escribió al comandante del Campo avisándole que esa noche se iba a disparar un *feu de joie* de todas las baterías del Peñón, ¡pero que no se molestase pues no había ninguna intención hostil!

Inglaterra impuso un bloqueo total a España, y dejó al país con escasez de todos los productos coloniales que venían de América, especialmente tabaco. Dado que la mayoría de las mercancías capturadas se vendían en Gibraltar, los comerciantes españoles acudían a las subastas de las mercancías capturadas que se hacían al aire libre en la plaza mayor de Gibraltar, entonces conocida como *The Parade* y que hoy es la *Piazza*. El martillo usado por el subastador para marcar el cierre del trato le dio al sitio el nombre popular que, todavía, los viejos como yo usamos: El Martillo.

La exportación de tabaco de Gibraltar había sido prohibida por orden real en 1753 y, por supuesto, también se negociaba con el enemigo. Consciente del problema, O'Hara acudió al gobierno británico, el cual en 1799 pasó una orden del Consejo del Rey (*Privy Council*) permitiendo exportaciones a España. Pero como esto todavía dejaba la cuestión del tabaco en duda, otra orden permitiendo su comercialización fue dictada pocos meses después.

A mí hoy me parece irónico que el cambio de ley que permitió la exportación de tabaco a España la solicitó el Intendente de Marina de Málaga, que llegó a Gibraltar en el año 1798 con poderes del Príncipe de la Paz.

El auge económico trajo un crecimiento muy marcado en la población civil. El último censo del siglo XVIII dio una población de 2.890; en el primero del siguiente siglo, en 1814, el número había crecido a 11,401, de los cuales 4,100 habían nacido en Gibraltar o Gran Bretaña. 3,150 eran españoles, cerca de la mitad de los que habían nacido en el extranjero. El resto, unos 4.100, eran principalmente italianos y portugueses, pero la mayoría eran hombres, mientras que entre los españoles dos terceras partes eran mujeres. Y estas muchachas fueron las madres de la nueva población civil, especialmente en la nueva clase trabajadora que vivía en la parte alta de la ciudad conocida como la Buena Vista. Aunque también habían unas familias de comerciantes que habían pasado a Gibraltar cuando Cádiz fue sitiada por los franceses. Después de la guerra, las colonias de América se habían rebelado y no querían tener contactos con España. Sus comerciantes continuaron en Gibraltar por unos años más para mantener sus negocios bajo el pabellón inglés.

Con la frontera abierta, los contactos de los gibraltareños con los españoles aumentaron, y los voy a describir por clases sociales. Había una clase burguesa, en general bien acomodada, que tuvo un auge económico durante los años de las guerras y que todavía continuaba una vida confortable. A esta la denomino la *Main Street Society* (la Sociedad de la Calle Real). La clase trabajadora vivía en general en la parte alta del pueblo, que hasta entonces no se había edificado, y era conocida como la Buena Vista.¹ Ellos mismos se denominaban, y con orgullo, “la gente de la Buena Vista”.

No me voy a extender en describir las características y situación de estas dos clases, pero claramente los contactos con españoles fueron diferentes en cada caso.

Los burgueses ya tenían oportunidad de viajar libremente a España, pues aunque las carreteras del Campo de Gibraltar eran pésimas, las conexiones marítimas les permitían llegar libremente a los puertos cercanos, especialmente cuando se estableció un línea de vapores con Cádiz. Así se adaptaron al estilo de vida español y conocieron de cerca la cultura española. Venían compañías de ópera y zarzuela española a Gibraltar y se leía la literatura y especialmente los periódicos españoles. En 1846, el gobernador Wilson, que era un gran hispanófilo,² negó permiso a Parral para sacar el periódico *El Calpense* en español pues le dijo que ya circulaba demasiada prensa española en Gibraltar, y el periódico no salió hasta 20 años más tarde, cuando ya se había establecido una prensa libre y el permiso del gobernador no era necesario.

Esta situación continuó en la primera mitad del siglo XX. En 1900, el *Gibraltar Chronicle* tenía una tirada de 500 ejemplares, mientras *El Calpense* en español tenía una tirada de 600 y *El Anunciador*, que salía de tarde, también en español, alcanzaba los 750. Hay que tener en cuenta que más de la mitad del *Chronicle* se vendía a oficiales de la guarnición y otros funcionarios ingleses en Gibraltar. En 1935 la cifras eran *Gibraltar Chronicle* 800, *El Capense* 900 y *El Anunciador* 1.000 (Finlayson, 1998: 103-105). En cuanto a los de la Buena Vista, muchos contrajeron matrimonio con españolas. Su cultura era muy española y, en general, no participaban en la ya tradicional cultura de la clase media de origen italiano y judeo-marroquí. La situación de las viviendas en Gibraltar para la gente humilde era deplorable y muchas familias trabajadoras gibraltareñas vivían hasta 8 o 9 en un cuarto. Algunos se fueron a vivir a La Línea, por lo que allí había muchas familias que eran mitad británicas y mitad españolas.

1 No tenía nada que ver con el cuartel en Europa Point, que es conocido por el nombre de Buena Vista Barracks.

2 Estuvo en Cádiz durante el trienio liberal para ofrecer su ayuda. Llegó por Gibraltar y, aunque el gobernador recibió órdenes del gobierno británico de que no le permitieran seguir para España, pudo pasar la frontera.



Autobús urbano. Línea circular. 2008. Imagen de Ángel Sáez.

El médico militar Thomsett, escribiendo en 1890, divide la población de Gibraltar en dos. Los que “habían visitado Londres”, o sea, que habían tenido educación inglesa y dominaban el inglés, y los gibraltareños españoles. Éstos últimos formaban la mayoría de la población, pero a pesar de las apariencias se consideraban británicos (Thomsett, 1999: 65-66). También, como médico, criticaba las condiciones higiénicas de los patios en que la clase trabajadora vivía, aunque los encontraba muy alegres.

Treinta años más tarde, cuando yo era pequeño, esta distinción continuaba y tuve la suerte de haber experimentado ambas partes de la sociedad gibraltareña: la inglesa por parte de mi padre y un ambiente muy español en la familia de mi madre.

El Gibraltar con cultura española hoy es un mundo perdido. Solamente los pocos ancianos que quedamos, podemos recordar aquellos tiempos. La política y la separación han traído muchos cambios. El pasado se ha olvidado y muchas cosas son desconocidas hoy. Por ejemplo, nosotros en esos tiempos nos denominábamos *giannis* (en un acento muy italiano). La palabra llanito la usaban más bien los españoles. No sé si el diminutivo era señal de cariño o desprecio, pero la palabra llanito ha entrado en el Diccionario de la Lengua; es la forma que hoy se utiliza.

La Guerra Civil trajo muchos cambios. La mayoría de la población apoyaba la República, aunque un sector pequeño estaba de parte de Franco por temor de los ataques a la iglesia de algunos radicales de izquierda. Hay también que tener en cuenta la influencia de los muchos refugiados republicanos en Gibraltar, especialmente en los sindicatos. Pero tanto los gibraltareños como los refugiados se consideraban dichosos de vivir bajo el pabellón británico, resguardados de las atrocidades que veían ocurrir al norte de frontera. Esto le dio gran valor a disponer de nacionalidad británica.

Es verdad que ambas partes en la contienda cometieron atrocidades, pero la que presenciamos los gibraltareños de cerca fue la de los sublevados, que desde los primeros días del levantamiento dominaba el Campo de Gibraltar. A esto se le suma el apoyo de Franco a los nazis en la guerra, cuando el resto del mundo estaba luchando para no ser sumergido en la barbarie, por lo que el sentimiento en Gibraltar contra la España de Franco era muy fuerte.

La evacuación forzó a muchos gibraltareños a pasar años en Inglaterra, pero, posiblemente debido a la circunstancia en que vivían, esto no tuvo tanta influencia en su modo de vida como se podía esperar. Aunque la España fascista sumergida en una miseria que hoy es inconcebible, y que ha pasado a la historia como los años de hambre, despertaba el rechazo de los gibraltareños, no por eso perdían sus tradiciones sociales a la española.

Pero, entonces, llegó el cierre de la frontera.

En mis años de actividad, trabajé en el mercado de seguros en Londres, y debido a mi trabajo cada año pasaba muchas semanas en España. No fue hasta que me retiré por razones de salud, cuando volví a vivir en Gibraltar, que me di cuenta de cuánto las relaciones habían cambiado desde mi niñez. En esos tiempos, antes de que tuviéramos televisión por satélite, los gibraltareños dependíamos de la televisión española. Entonces, a las dificultades y sufrimientos que el cierre había causado a ambos lados de la verja –y que había cortado relaciones de muchos años y separados familias–, se sumaron las amenazas e insultos que se lanzaban a través de la televisión. Todo ello había causado a los gibraltareños un impacto muy fuerte, como se puede figurar.

Con eso y con todo, creí que la situación se podía reparar. Pero en esto estuve equivocado. Me acuerdo de un encuentro que tuve en 1979 con el Sr. Robles Piquer, cuando era Secretario de Estado, y le expuse mis ideas: esencialmente, que era imprescindible que España reparase sus relaciones con los gibraltareños. Él lo comprendió, pero evidentemente esto no coincidía con la política de su gobierno, ni tampoco con la del gobierno de Felipe González, que le siguió.

El tratar de hablar sobre soberanía en un ambiente de hostilidad no tenía sentido, y España no hizo un esfuerzo para ganarse la confianza y amistad de los gibraltareños después de tantos años de desprecio y hostilidad. El resultado era previsible. Existía un rencor muy fuerte en Gibraltar hacia España y una desconfianza absoluta en lo que ofrecía el Estado español. La frontera quedó cerrada y el bloqueo impuesto por España duro más tiempo, después de la muerte de Franco, que durante su vida.

Y que el gobierno británico tratase de empujar a los gibraltareños a un arreglo no fue por voluntad del gobierno de Felipe González, sino porque su mano fue forzada por Margaret Thatcher, que advirtió que, si España no abría la frontera, no la dejaría ingresar en la Comunidad Europea. Los gibraltareños eran conscientes de que la frontera se abrió contra la voluntad del gobierno español forzado por la Gran Bretaña.

Posteriormente, cuando Inglaterra trató de que los gibraltareños fueran más cordiales con España, la reacción en Gibraltar fue de desconfianza hacia las intenciones del gobierno de Londres. El resultado fue crear un nacionalismo radical en Gibraltar. Todas las semanas vemos, en las páginas del *Gibraltar Chronicle*, alguna declaración ministerial británica en relación a que Inglaterra no abandonaría nunca a Gibraltar. Si no existiese esa desconfianza, esto no sería necesario.

El Sr. Moratinos trató de mejorar la situación con el Convenio de Córdoba. Pero en poco tiempo su puesto fue ocupado por el Sr. Margallo, que empezó unilateralmente rechazando lo que el anterior gobierno español había convenido, e impuso restricciones en la frontera. Seguidamente, el Sr. Margallo ofreció a Gibraltar ventajas después del Brexit. Pero, ¿cómo puede Gibraltar tratar con un gobierno que ha roto los compromisos que España aceptó en el Convenio de Córdoba?; ¿cómo puede Gibraltar pactar con un Estado que rompe los compromisos adquiridos cuando le parece?

Hay mucha historia entre nosotros. Hoy estamos donde estamos. Existe mucha desconfianza en ambas partes, pero, para que los gibraltareños a la larga lleguen a volver a tener el mismo aprecio para España que tenían hace 80 años, tenemos que concentrarnos en aquello que nos une y no en lo que nos divide.

BIBLIOGRAFÍA

- Finlayson, T. (1998). "Newspapers Published in Gibraltar". *Gibraltar Heritage Journal*, 5. Gibraltar. *Gibraltar Museum. Diario del asedio de SH*. Manuscrito.
- Thomsett, R. G. (1999). "Reminiscences of the Rock". *Gibraltar Heritage Journal*, 6.